

DANIËLLE HERMANS



EL
VIRUS
DEL
TULIPÁN

¿Qué relaciona los asesinatos de un comerciante de tulipanes en el siglo XVII y la de un coleccionista en 2005?

¿Por qué son estas flores las responsables de la primera crisis económica global hace cuatro siglos?

El virus del tulipán



El virus del tulipán

Daniëlle Hermans

Traducción de
Marta Aguilé Bernal

Rocaeditorial

Título original: *Het Tulpen Virus*

© 2008 Daniëlle Hermans

Original Dutch language edition ©Copyright 2008 by Danielle Hermans

This edition published by arrangement with the Sebes & Van Gelderen
Literary Agency, Kerkstraat 301, 1017 GZ Amsterdam, the Netherlands

Primera edición: junio de 2009

© de la traducción: Marta Arguilé Bernal

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Marquès de la Argentera, 17, Pral.

08003 Barcelona

info@rocaeditorial.com

www.rocaeditorial.com

Impreso por EGEDSA

Rois de Corella, 12-16, nave 1

08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-92429-85-1

Depósito legal: B. 9.019-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Taco

Alkmaar, 21 de julio de 1636

Espantó la mosca y miró la repisa vacía con el ceño fruncido. El pan que había hecho el día anterior había desaparecido y sabía con certeza adónde había ido a parar: a los estómagos de los borrachos que iban allí a gastar sus míseros jornales en bebida.

Se secó sus sudorosas manos en el delantal, se soltó el lazo que tenía anudado bajo la barbilla y con la cofia le asestó un golpe a la mosca que había ido a posarse en el postigo. El insecto verde azulado fue a aterrizar sobre la encimera, agitando en vano las patas en el aire. La mujer cogió el mortero con las dos manos y apretando los dientes lo dejó caer con fuerza. Después de poner dentro el pesado mazo, se enjugó el sudor de la frente y salió de la cocina con la esperanza de que quedara algo de pan en el comedor de la taberna.

Abrió la puerta. Una vaharada nauseabunda la asaltó. La mujer retrocedió tambaleante hasta quedar de espaldas contra la jamba. Mirando fijamente el cuerpo que yacía delante del armario, extendió los brazos hacia atrás y se aferró al marco.

—¿Señor Winckel?

Se dejó ir, indecisa, y entró en la estancia. Cuando llegó junto a él, se tapó la boca con una mano mientras se llevaba la otra al vientre. El tufo a orina mezclado con un denso olor a sangre coagulada penetró en sus fosas nasales. Tomó aire para reprimir una arcada, pero el espasmo que le contrajo el estómago fue tan violento que el vómito se le escapó por entre los dedos y le brotó por la nariz. Se volvió de espaldas a él y apoyó las manos en las rodillas jadeando. El espasmo cesó.

Con la punta del delantal se limpió un hilillo de vómito de

la boca y se dio la vuelta hacia él, despacio. Frunció los labios, dejó escapar el aire con fuerza y bajó la vista.

El ojo derecho del cadáver, medio salido de la cuenca, le devolvió la mirada. Tenía el lado izquierdo del cráneo tan aplastado que apenas quedaba nada de él. Una brecha abierta. La sangre, los fragmentos de huesos y los sesos estaban desparrramados por el suelo y formaban una masa rosácea. El líquido había quedado absorbido por las juntas porosas que había entre las baldosas.

Al inclinarse hacia delante, las moscas levantaron el vuelo a la vez y se arremolinaron sobre su cabeza. Cayó de rodillas y alargó las manos hacia él con gesto vacilante, pero volvió a retirarlas de inmediato. Habían enrollado un fajo de papeles y se lo habían metido por la boca con tanta violencia que le habían desgarrado las comisuras. La mueca espantosa de su rostro volvió a provocarle náuseas. Deslizó la mirada por el cuerpo. La camisa desgarrada le caía a ambos lados de la colosal barriga que se alzaba altiva, casi impúdica. Buscando algo adónde agarrarse, siguió con los ojos la fina línea pardusca que iba desde el vientre hasta la cintura de las calzas. Alrededor de la entrepierna el paño negro se veía ligeramente más oscuro. Bajó la vista, avergonzada.

Cuando volvió a alzarla, el sol lo había encontrado. Los rayos se colaban entre los postigos entreabiertos y lanzaban destellos sobre la hebilla de plata del zapato derecho.

—¡Dios mío, señor Winckel! ¿Qué os han hecho? —musitó. Salió corriendo a trompicones de la sala.

En el silencio de las primeras horas del día, las moscas armaban un ruido infernal.

Se incorporó con un gemido. Encendió la lamparilla y le echó una ojeada al reloj. ¿A qué loco se le ocurría llamar a las cuatro de la madrugada? Se dejó caer hacia atrás y observó el techo. Conocía de memoria cada ornamento, cada grieta y cada irregularidad. En las últimas semanas apenas había pegado ojo. Y ahora esto. Sabía que no conseguiría nada devanándose los sesos. Sabía también que su insomnio no hacía más que magnificar el asunto hasta hacerlo casi irresoluble y, sin embargo, no podía quitárselo de la cabeza. Le daba vueltas y más vueltas, como una hormigonera llena de problemas que no acabasen de cuajar en una masa homogénea. Lo volvía loco.

11

Los incesantes timbrazos fueron sustituidos por golpes en la puerta.

—*I'm coming, I'm coming.* Ya voy.

Deslizó las piernas por el borde de la cama, tanteó el suelo con los pies en busca de las zapatillas y se las calzó. Apoyándose en el colchón, se levantó y cogió el batín. Después de ponérselo con trabajo, se acercó a la ventana y ladeó la cortina. Contuvo el aliento.

El cristal parecía esmerilado. No se veía absolutamente nada. Escudriñó la calle, desazonado. Apenas lograba discernir la silueta de la verja y el seto que bordeaba Cadogan Gardens, los jardines privados de su hilera de casas. El hotel Cadogan, situado en la acera opuesta y que siempre brillaba como un faro de luz, había desaparecido. También Sloane Street, de la que solía avistar un tramo desde aquel ángulo, había desaparecido, engullida en la niebla londinense.

Estiró el cuello hacia delante cuanto pudo y sintió un escalofrío cuando la mejilla le rozó el frío cristal. Miró hacia la calle. Las dos pequeñas pilastras que decoraban la entrada de su casa barroca emitían destellos en el débil resplandor de las farolas.

Por lo general siempre se veía algo desde aquel punto, aunque no fuera más que un atisbo de la persona que aguardaba bajo el alero a que le abriesen la puerta. Pero entonces no. No se veía nada. Por enésima vez maldijo a las autoridades londinenses, que, en su opinión, no habían mejorado el alumbrado público desde la época de la Revolución industrial.

—¡Estúpidos bebedores de té! Se creen que aún viven en los tiempos de Dickens.

Limpió el vaho que su aliento había dejado en el cristal. Los golpes y los timbrazos no cesaban y sonaban cada vez más apremiantes y atronadores. La pesada cortina le rozó la espalda y la nuca. Ladeó la gruesa tela y volvió a correrla de un tirón con gesto irritado. De súbito todo quedó en silencio, como si la persona que aguardaba abajo hubiese oído el tintineo de las anillas contra el riel de cobre, pero los golpes no tardaron en reanudarse.

Dejó escapar un suspiro y se encaminó hacia la puerta del dormitorio. Ya en el umbral se ajustó mejor el cinturón del bañín. Deslizó la mano por la pared y le dio al interruptor. Quedó momentáneamente cegado por el resplandor de la araña de cristal contra el suelo blanco del vestíbulo que se hallaba debajo. Fue hasta la escalera. Los golpes habían cesado. El silencio era mortal. Ladeó ligeramente la cabeza, como un perro que hubiese oído un ruido que no acertase a identificar. Nada. Maldijo para sus adentros. Cuando ya estaba a punto de retirarse, llamaron a la puerta.

—Señor Schoeller, ¿está usted ahí? Señor Schoeller —lo dijeron en un tono apagado.

Indeciso, bajó algunos peldaños más.

—¿Quién llama?

—Policía. Haga el favor de abrir la puerta, se trata de su sobrino.

—¿Alec?

Se aferró a la barandilla con la mano temblorosa y bajó la escalera todo lo rápido que le permitían sus piernas anquilosa-

das. En el último peldaño dio un resbalón y agitó los brazos en el aire soltando una imprecación. Recuperó el equilibrio y se acercó apresuradamente a la mesita que había en mitad del vestíbulo para coger el manajo de llaves. Volvieron a aporrear la puerta.

—Ahora mismo voy, un momento —gritó sin resuello mientras abría el armario que había junto la puerta de la entrada.

Marcó el código de la alarma y se puso de puntillas. Miró por el ventanillo. La luz del vestíbulo iluminó tranquilizadamente el emblema metálico del casco de un policía. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Alec se despertó sobresaltado al oír el teléfono. Buscó a tientas por el suelo en dirección al aparato azul. Miró la pequeña pantalla y vio el rostro de Frank sonriéndole desde la plaza de San Marcos, con los brazos extendidos y a punto de sucumbir bajo el peso de las palomas. Eran las cinco y media de la mañana.

—¿Frank? ¿Eres tú?

14

Al otro lado de la línea el teléfono cayó al suelo con un golpe seco y a continuación se oyó un ruido rasposo. Alec se apretó más el auricular contra la oreja. Percibió la respiración pesada de alguien. Un repentino grito de dolor resonó tan próximo, tan agudo e inhumano que poco faltó para que dejase caer el móvil. Se puso en pie de un salto y aprisionando el aparato entre el hombro y la oreja cogió su ropa.

—Frank, ¿estás ahí? ¿Me oyes?

—Debes venir... a casa.

Hablaba tan bajo que Alec apenas reconoció su voz. Un gemido fue en aumento hasta transformarse en un alarido.

—¿Qué sucede? ¿Estás enfermo? ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—¡No! —sonó súbitamente fuerte, seguido de un farfallo incomprensible.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Venir. —Pronunció la última sílaba alzando ligeramente la voz, como un chiquillo que sólo supiera decir unas pocas palabras.

—Salgo ahora mismo para allá. No cortes la llamada, me oyes, sigue al teléfono.

Alec se puso los zapatos y salió a toda prisa del cuarto. Sin detenerse siquiera, pescó la chaqueta de piel que estaba colgada en la barandilla. Se precipitó escaleras abajo y abrió la puerta de la calle.

La niebla cayó ante él como un velo, arremolinándose a sus pies. Apenas podía distinguir el otro lado de la calle. Los faroles victorianos a lo largo de la ribera del Támesis emitían un resplandor fantasmal. La niebla amortiguaba los sonidos, pero acentuaba los olores de la ciudad y su aciaga premonición. Sentía el corazón desbocado y se acercó más el teléfono a la oreja.

—¿Sigues ahí?

Oyó un débil jadeo.

—Frank, aguanta. Acabo de subir al coche, dentro de cinco minutos estoy contigo.

Las calles vacías aumentaban su miedo. ¿Qué diablos había pasado? ¿Por qué no quería Frank que llamase a una ambulancia?

Pisó el acelerador y el coche salió impelido hacia delante. En todos los años que su tío se había hecho cargo de él jamás había sucedido nada igual. Su pánico no sólo se debía al temor de que algo terrible le hubiese podido suceder a Frank, sino también a que de pronto él era responsable de su tío, algo insólito hasta entonces. Frank nunca necesitaba nada. Siempre había sido Alec el que lo despertaba a él a las tantas de la madrugada cuando le daba por ponerse a pintar borracho como una cuba. En esos momentos estaba seguro de que la conversación con su tío le daría el estímulo que necesitaba, la inspiración para realizar su obra maestra definitiva. Cuando Alec llegó con siete años al aeropuerto y un completo desconocido le salió al encuentro y lo estrechó entre sus brazos la relación quedó fraguada. Durante años, Alec se había dedicado a abusar de aquel amor incondicional. Frank se lo perdonaba todo. En la época en que él había estado a punto de venirse abajo por la vida de excesos que llevaba, fue Frank quien lo rescató. Sin reproches, mostrándose siempre comprensivo con él.

El ámbar intermitente de los semáforos eran sus faros en la noche brumosa. Hendió King's Road, esquivó a un grupo de

turistas bebidos, cruzó Sloane Square y entró en Sloane Street sin reducir la velocidad. Tomó una curva a la izquierda y frenando con un chirrido se detuvo delante del número 83 de Cadogan Place. Abrió la puerta del automóvil y subió de un salto los cuatro escalones del zaguán. Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando la puerta cedió.

Entró en el vestíbulo a oscuras. Los hombres y las mujeres de las pinturas barrocas que llenaban las paredes lo miraron en la penumbra, altivos y severos.

—¿Frank?

Su voz sonó inopinadamente alta y reverberó en el espacio. No se oía nada. De las puertas que daban al vestíbulo sólo se veía entornada la del estudio. La luz de la estancia dibujaba un triángulo sobre las baldosas del piso. Se dirigió hacia allí a grandes zancadas y empujó la puerta. Se detuvo en seco, como si lo hubieran clavado en el suelo.

Frank se hallaba delante de la chimenea. Sus ojillos azules lo miraban fijamente sin desviarse de él ni por un segundo. Mientras Alec corría hacia él, Frank movió los labios. Había logrado desembarazarse de la cinta que le amordazaba la boca y que ahora le colgaba de la mejilla. Los dedos se aferraban con fuerza al teléfono. Abrió la mano y el aparato se deslizó sobre el parqué dejando un rastro de sangre.

Alec cayó de rodillas a su lado, le quitó la cinta adhesiva con mucho cuidado y lo observó. Frank tenía la chaqueta del pijama desgarrada y le habían hecho profundos cortes por todo el torso. La sangre le teñía de rojo el pecho y el vientre. Tenía el brazo izquierdo pegado contra el regazo; los nudillos, blancos por la fuerza con la que apretaba un libro contra sí. Cuando Alec le cogió la mano, Frank profirió un grito. Alec vio cómo la sangre le goteaba de las puntas de los dedos sin uñas.

—¡Dios santo! ¿Quién te ha hecho esto?

Frank movió la cabeza muy despacio y su cuerpo se estremeció. En sus ojos había una mirada de desesperación.

—Todo, todo ha fracasado. Ellos...

—Tranquilo. Espera.

Alec se inclinó hacia un lado, cogió un cojín y se lo puso debajo de la nuca. Al retirar la mano vio que estaba manchada de sangre. Con mucho cuidado le ladeó la cabeza y vio que tenía

una herida en la fosa temporal. Se trataba de un círculo perfecto, como si alguien le hubiera aplicado una vara y después la hubiese golpeado con tal fuerza que ésta hubiera quedado incrustada en la parte blanda del cráneo. Alec se sobrepuso, esforzándose por reprimir las emociones que bullían en su interior.

—Llamaré a una ambulancia.

Frank negó con la cabeza.

—No..., mira, aquí.

Lentamente y con un enorme esfuerzo, Frank deslizó la mano por la página del libro. Alec lo levanto con cautela. La mano de Frank descansaba sobre el papel amarillento. Los dedos se agitaron fugazmente.

—Todo se arreglará. Anda, dámelo a mí.

—No, mira.

La mano de Frank resbaló y Alec vio el dibujo que quedó al descubierto. La flor tenía unos pétalos blancos veteados de rojo, un rojo tan intenso como las huellas sanguinolentas que Frank acababa de dejar estampadas en el papel. El tallo se doblaba bajo el peso del tulipán en flor, como si apenas pudiese soportar su propia belleza.

—Muy bien. Ya lo he visto, ahora dámelo —musitó Alec mientras le quitaba con delicadeza el libro y lo dejaba a un lado.

Se inclinó sobre su tío y notó que su respiración era muy superficial. Tenía los ojos vidriosos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Frank cuando alzó la cabeza y señaló el libro con dedos temblorosos.

—Tulipa..., tul...

La mano cayó pesadamente al suelo. Con un gemido agachó de nuevo la cabeza. Le dirigió a Alec una mirada penetrante, tomó aire y farfulló:

—Llévate el libro. Nada de Policía.

Poco a poco se le fueron cerrando los párpados.

—¿Frank?

Alec veía cómo la vida lo abandonaba, cómo iba escapándose del cuerpo a medida que los músculos se distendían. Lo cogió con fuerza por los hombros y lo sacudió.

—Frank, ¿me oyes? —gritó—. Aguanta, por favor, no te rindas, no me dejes solo.

Soltando una maldición, Alec cogió el móvil y marcó el número de Urgencias.

Apenas era capaz de articular palabra.

—Ayúdenme, ayúdenme, por favor, mi tío. Está gravemente herido. Cadogan Place 83, vengan rápido.

Arrojó el teléfono lejos de sí. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Enterró el rostro entre las manos, pero volvió a levantar la vista al sentir que Frank le cogía el brazo.

—No sabes cuánto lo siento —susurró Alec—. Por todo.

—Ten cuidado... peligroso. Te quiero...

El dolor abandonó los ojos de Frank. Su rostro se relajó. Seguía mirando a Alec, pero los ojos estaban apagados y exánimes.

Alec tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no perder el control. ¿Qué le había dicho Frank? ¿Algo sobre el libro? ¿Qué tenía que hacer con él? Debía sacarlo de allí, nada de Policía, eso le había dicho.

Lo cogió, salió a toda prisa de la casa y se metió en el coche. Tiró a ciegas de la palanca y el capó del Porsche se abrió. En el instante en que escondía el libro oyó el ulular de las sirenas a lo lejos. Ya estaban más cerca cuando volvió a cerrar la puerta. Se precipitó de nuevo en el interior de la casa y fue a arrodillarse junto a Frank.